

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

COMENTANDO

Neutrales y prevenidos

Vuelve a discutirse la neutralidad ó la posible participación de España en el conflicto europeo. Habló el señor Lerroux en Canarias; hoy hablará el señor Vázquez de Mella en Madrid, y en los discursos de ambos quedarán condensadas seguramente las dos opiniones más extremas y antagónicas que ofrece nuestro espíritu público.

No hay para qué ocultar que la guerra europea ha intervenido y aun apasionado á la totalidad de los españoles, con un ardor que, por desgracia, no aplicaron nunca á sus asuntos interiores: á la vitalidad, al entusiasmo patriótico, al resurgimiento y salvación de nuestro propio país.

Ningún compromiso liga á España, en sentido de implicar su concurso; ningún tratado impone su cooperación como impuso la de Portugal; ningún hecho se ha producido, como la invasión de Bélgica, que requiera opción forzosa entre los dos términos; ninguna fiebre nacional nos empuja, como á Italia, á buscar en la guerra el remate de nuestras ambiciones definitivas.

Hay que persistir, pues, en el leal mantenimiento de la neutralidad y darle un carácter ó acentuación más que nunca positivo y dinámico. Es decir: la neutralidad de España ha de sostenerse exclusivamente por y para España, por y para las conveniencias de nuestro país; no con la torcida intención de ayudar indirectamente á una causa extranjera en perjuicio de otra causa extranjera.

Todo lo que se separe de esta norma; todo lo que no sea continuar con las potencias beligerantes las buenas relaciones mantenidas hasta ahora, prestándoles cuantos servicios diplomáticos, comerciales ó de humanidad resulten compatibles con el deber y el honor de España; todo lo que no sea esto, quedará instantáneamente sofocado por la opinión pública y no conseguirá otra cosa, á lo sumo, que poner nueva zizania y aumentar la confusión y la incoherencia de nuestro pobre país.

La vida política

Hay que vivir prevenidos. Con verdadero cuidado venimos omitiendo, desde que empezó la guerra, nuestras simpatías ó antipatías respecto de cada uno de los beligerantes; consideramos esta conducta como una obligación del escritor de un país neutral y como un respeto debido á la opinión de los lectores en un punto que apasiona bastante á todo el mundo.

Divididos los españoles en francófilos y germanófilos no han procedido todos con la prudencia debida al formular la expresión de sus aficiones ó enemistades, pero generalmente los hombres políticos al manifestar sus afectos en la cuestión inter-

nacional han afirmado la conveniencia de la neutralidad de España, y la opinión de que no intervingamos en la terrible contienda europea, por ser éste el sentir nacional y lo mejor para la patria. Pero esta actitud común se ha roto. El señor Lerroux, en Canarias, no se ha limitado á expresar sus simpatías, como, otras veces, por los aliados, sino que francamente, temerariamente se ha declarado intervencionista, usando el calificativo que ha nacido en Italia para significar á los que, animados de un espíritu bélico, han llevado su país á la guerra.

Mientras esto sea la opinión particular del señor Lerroux no tiene una mayor importancia esta propaganda; será difícil que los correligionarios de este señor, que promovieron la semana trágica para que no fueran nuestros soldados á combatir contra los rifeños al lado de Francia, varien tan radicalmente de punto de vista y crean justo que ahora se empuen nuestras tropas en auxiliar á los franceses contra los alemanes. Allí veremos si las masas socialistas hacen el juego del señor Lerroux en esta nueva campaña. Lo que nos alarma, lo que tendría gravedad es que con estos discursos el jefe radical fuera el encargado de ir preparando la opinión de ciertos elementos para facilitar la obra de algún partido tornante que haya soñado con la locura de envolvernos en el presente conflicto.

Las iniciativas de los neutrales que no conduzcan á buscar la paz entre los que pelean, serán en todo extremo condenables aunque no haya tribunal que juzgue la conducta de las naciones. Sería temerario negar que como los individuos encuentran al fin y en el curso de su existencia el castigo de sus propios errores. Si hay quien pretenda que la petición de eso que se certifica ahora de intervencionismo venga de abajo arriba para fundar sus actos ministeriales, creemos que se equivoca totalmente porque España no la forman ni las masas de la extrema derecha ni las de la extrema izquierda. España no la constituyen los partidos; fuera de ellos viven la mayoría de los ciudadanos y la voluntad y la unión de éstos bastará para hacer fracasar esas maniobras en las que parecen estar unidos monárquicos gubernamentales y republicanos jacobinos.

Si el discurso del señor Lerroux es el principio de una campaña de propaganda que se va á desarrollar no sabemos con cuánta extensión habrá llegado la hora de pedir á todos los buenos patriotas que salgan de la comodidad de su indiferencia y por todos los medios posibles contrarresten una tendencia que nos llevaría á peores y más amargos días de los que originaron la pérdida de nuestro poder colonial. Conste que lo que decimos frente al propósito de que intervingamos en pro de los aliados quede escrito para aquellos otros elementos que pudieran desear que nos declarásemos partidarios activos de los imperios centrales de Europa. Ni con unos ni con otros; la paz á toda costa, puesto que nada tenemos que redimir ni ninguna aspiración nacional que realizar. Defendamos bien todo el territorio español, sacrifiquemos á este interés cuanto sea necesario, pero no nos sumemos espontáneamente á ninguno de los que pelean.

Esta es una política que consideramos justa y útil y que algunos Meternich y Cavour de nuevo cuño estiman peligrosa por las consecuencias que según ellos nos ha de acarrear el no meternos en nada y no acudir donde se disputa bárbaramente los intereses de otros pueblos. Conocemos todos los tópicos usados en casos semejantes; no nos van á dar nada el día de la paz, se afirma, y hasta puede que nos quiten algo en el momento del reparto si no nos hemos puesto del lado de unos ó de otros; nuestro aislamiento nos expone á ser víctimas del más fuerte; debemos apoyarnos en quienes tengan la fuerza que á nosotros nos falta. Estamos hartos de oír este cuento. Si peligro hay para España neutral el día de la paz mayor lo hay para España beligerante sea quien fuese el vencedor.

Si nuestra debilidad nos expone al atentado del enemigo qué valor va á tener para la generosidad del amigo? ¿O es que se cree que las naciones se rigen en sus relaciones por los principios de la más estricta moral é inspirados en los sentimientos de la gratitud y la benevolencia y del reconocimiento? En buena época se

vienen á exponer estas doctrinas; cuando los grandes aplastan á los pequeños sin consideraciones á tratados y convenios; cuando todo el derecho de gentes se ha convertido en una novela, cuando nadie se cree obligado á guardar alianzas ó conferencias internacionales, cuando se hace la guerra con desprecio de todos los acuerdos tomados para humanizarla; cuando ya no falta más que la supresión de la Cruz Roja para que la guerra entre hombres civilizados tenga todos los caracteres de la lucha entre las tribus del interior del continente africano.

No nos engañemos; hagámonos fuertes para la defensa de la patria que es la defensa del honor, de nuestra familia, de nuestras costumbres, de nuestra libertad, de nuestra religión, de nuestra raza; pero no nos dejemos seducir por los políticos que quizá no se inspiran en estos nobles sentimientos al proponernos aventuras costosas y llenas de peligros ciertos. Gracias al monstruoso pacto más ó menos expreso que siente entre la oligarquía reinante y los tiranos de la vía pública; entre lo que disponen por turno de la Gaceta y los que disponen el diario del motín, entre los que pueden gobernar y los que gobiernan; entre el sindicato del poder y el sindicato del desorden, resulta el acto del señor Lerroux una especie de aviso que no deben despreciar los españoles que no están alistados ni en la cofradía de gobernantes ni en la de demagogos influentes.

La nación española está emparedada entre los que monopolizan el poder por arriba y los que monopolizan el desorden por abajo. Mientras la unión de unos y otros tenga por único objeto el disfrute de las ventajas que el mando proporciona aún puede tolerarse este contubernio porque la paciencia de los españoles está hecha á mayores pruebas; pero en cuanto esta unión, ó pacto ó lo que fuera se pretenda utilizar para algo internacional para arruinar y de angustar definitivamente a España estará justificada la intervención, de las personas de recta conciencia política en el campo de la oligarquía reinante para destruir a y aniquilarla antes de que escriba la página más negra de nuestra historia.

El maquiavelo que haya creído que esas propagandas en las masas populares le van á dar resuelto el problema internacional que lleve en su cabeza para el día que ejerza el poder se va á llevar un granísimo chasco. Para engañar al pueblo español hacen falta otros apóstoles: los actuales están demasiado conocidos; les falta una gran autoridad para catequizar á las gentes y en la sinceridad de sus acentos. Los políticos militantes republicanos ó monárquicos que ahora se ocupan de nuestros destinos futuros no se pueden presentar en ninguna parte con la careta del patriotismo, porque todo el mundo los conoce bastante para dejarse seducir con disfraces burdos.

Vivamos prevenidos y entre tanto limitémonos á preguntar al señor Dato cuya debilidad de carácter es el más grave de los peligros que hoy nos amenaza: ¿Se puede predicar la guerra contra uno de los beligerantes en un país neutral? Veamos si un gobierno que ha prohibido en el Ferrol un mitin en favor de la paz permite los que quieren celebrar los radicales en pro de la lucha y en favor de cualquiera de los combatientes.

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR

Cotidianas

Está mal lo que se refiere al problema de la peluquería en la guerra, porque ciertamente no sobran por allá muchos peluqueros y, aunque los haya, no tienen tiempo los soldados combatientes de hacerse una toilette minuciosa. Por eso los patriotas que batallan en el frente del combate son barbudos y tienen largo el cabello. El problema de la peluquería en la guerra está mal, pero yo les aseguro á ustedes que está muchísimo peor el problema de la guerra en las peluquerías.

Hace muy pocos días estaba yo accidentalmente en una ciudad catalana cuyo nombre recuerda á un actor famoso recientemente fallecido, y necesitando embellecerme entré en una peluquería. Hallábase solo un oficial y á él embregué mi barba. Mientras me afeitaba, me preguntó mi opinión sobre la guerra, y yo estuve haciendo equilibrios porque no sabía cuál era la suya y no quería contrariarla. Es la guerra cosa que apasiona mucho y un barbero con la navaja en la mano y nuestro cuello á su disposición es un ser muy temible. Empezó á hablar mal de los alemanes y gracias á esto pude averiguar hacia qué lado de la balanza se inclinaban las efímeras simpatías de mi barbero, que seguramente determinarán la victoria de los aliados. El barbero será para ellos una ayuda muy poderosa. Pronuncié, pues, un elocuente discurso en defensa de Francia, y el hombre se puso contentísimos.

Pero he aquí que entró un nuevo parroquiano que al ver el entusiasmo francófilo del peluquero le hizo observaciones y le habló mal de los franceses. Discutieron, el barbero se enfadó y se puso nervioso, temblaban sus manos, en las que había la terrible navaja, y temblé yo por mi existencia, temiendo morir degollado contra mi voluntad y sin cometerlo ni deberlo. Me consideré probable víctima de la guerra y creí seguro que iba á dar mi vida por naciones á las que apreciaba mucho, pero que no son la mía. De ello me libré sólo por un milagro de la Providencia.

Esto sucede también en Barcelona. De donde se deduce que mientras no se prohiba

terminantemente hablar de la guerra en las peluquerías no vamos á tener más remedio que dejarnos la barba ó hacer testamento antes de que nos afeiten.

CAROLÍN

Cartas de un español de España á un español de América

I

Querido amigo: A juzgar por las cosas que me pregunta, mucho le preocupa á usted la situación de España en estos que llama usted «graves momentos actuales», considerando lo afirmada que está nuestra nación al fuego en que arden todas las grandes naciones de Europa. Comprendo su interés por conocer nuestras cosas, pues aunque americano, español es usted por el linaje, por la sangre y por la lengua; pero no me explico su ansiedad. Nosotros no nos preocupamos tanto. En la contienda empeñada más allá de nuestras fronteras no se ventila cosa alguna de las pocas que nos interesan, y aunque unos españoles hemos tomado partido por los tudescos y otros por los gabachos y algunos por los ingleses y aun por los rusos y los turcos y demás gente que anda á la greña por ahí, todo eso son cuestiones «de puerta de tierra», y salvo alguna que otra palabra mortificante ó gorda que resalta en las disputas del café, sobre si vencerán éstos ó aquéllos, sobre si unos son unos bárbaros y los otros unos chancletas, lo que es gana de meternos en líos yo le aseguro á usted que no las tenemos.

A usted que tiene por España tantas simpatías, pero que nos mira desde larga distancia, claro está, no le lega la lágrima al cuerpo desde que supo que un famoso revolucionario quería que nos juntáramos con los aliados y unos personajes gobernables combatían la neutralidad, y otro jefe republicano, pero con ciertos injertos monárquicos anunciaba por ahí que iba á emprender una feroz campaña reclamando nuestra intervención en favor de los aliados; pero ya habrá visto usted á la hora de ahora que todo eso era jaraba de pico, que se han bajado mucho los vuelos y que todos somos neutrales; amén de que entre usted y yo sea dicho, los políticos españoles tienen cada uno su partido, pero carecen de partidarios. Así es que viva usted tranquilo, que aquí no nos saca nadie de la neutralidad, aunque nos moleste.

Y luego, que por más que digan los agoreros, vivimos en el mejor de los mundos. En el poder tenemos al hombre más suave y untuoso que se conoce en la historia de la política española y mundial. Tiene contento á todo el mundo; la oposición tornante constituye su mejor puntal, los socialistas á penas respiran, la prensa en general le alaba á dios y la republicana le incienso de cuando en cuando, callan los alborotadores de siempre, el Parlamento «está cerrado y nadamos en una especie de lago de leche y miel. Estuvo hace poco en Barcelona y aunque hay que confesar que el recibimiento fué menos entusiasta y nutrido que el que se tributó días después á la elefanta que nos regaló Muley Hafid, el caso es que no le subió nadie y que pudo regresar á la Corte sin el mas leve estropeo. Hasta la vitorearon como «ilustre sociólogo». Fué la única nota que debió entristecer al señor Dato, porque llamar «sociólogo», aunque ilustre, á quien vive como político y es jefe del gobierno y del partido gobernante, llamado Idoneo, es un sí no es d'presivo. Lo mismo que si á Federico el Grande le hubieran aclamado como flautista, y disimule usted las distancias. Amén de que el encontrarle á un político un mote así viene á ser como el fabricarle una losa política; desgraciado del que llega á ser «ilustre catedrático» ó «ilustre canonista»; ha perdido su carrera, y ya no le tendrán por otra cosa en todos los días de su vida. El caso es, sin embargo, que don Eduardo, sociólogo ó no, constituye la mejor garantía de que no vamos á ninguna parte.

Y con ello observe usted, por lo que le digo y por lo que siento, lo mucho que hemos progresado los españoles en costumbres políticas. Antes solía decirse que la principal ocupación de los hijos de esta tierra era hablar mal del gobierno. ¡Qué dirían nuestros costumbristas, con Larra á la cabeza, si resucitaran ahora! «Todos ministeriales» es ahora el santo y seña general y si nos decuenta usted unos cuantos jóvenes y algunos viejos idealistas que se empeñan en escuchar á Maura y van por ahí organizando asambleas y reuniones y pronunciando discursos, los demás estamos asombrados y hechizados de lo bien que rigen la consabida nave del Estado el ilustre sociólogo y sus compañeros. Y es que por lo visto lo que necesitamos todos era que se quitara de en medio al señor Maura. El señor Maura intentaba regenerarnos, interesarnos en la cosa pública, imponer el respeto á la ley, mejorar la disciplina social, en una palabra, rompernos las oraciones. Todo su conato lo ponía en que fuera el pueblo el que echase á andar, en que se removiese un ansia de mejora y progreso, en infiltrarnos una especie de prurito de civilización y anhelo de orden, de poder y de grandeza y nos mortificó á todos: se metió con los taberneros, con los cafés, con